



Europa ¿para qué?

Pedro de Silva Cienfuegos-Jovellanos

Abogado y escritor. Ex presidente del Principado de Asturias

PEDRO DE SILVA CIENFUEGOS JOVELLANOS

Abogado y escritor, fue presidente del Principado de Asturias entre 1985 y 1991. Con una dilatada carrera política iniciada en 1970.

Fue presidente de la Fundación Asturias de UGT, es patrono honorario de la Fundación Príncipe de Asturias, consejero-secretario del Banco de Asturias y consejero de Hidrocantábrico.

Europa ¿para qué?*

Lo que voy a hacer es dar una charla en el sentido más humilde, no de las que da un charlista sino un charlatán. Voy a decir lo que pienso, lo que pienso sobre Europa, para lo que puede servir Europa, el título "Europa ¿para qué?" no está organizado léxicamente en los mismos términos que se atribuyen a Lenin cuando dijo "Libertad ¿para qué?". Que, por cierto, se le atribuyó equivocadamente, porque con toda seguridad aquella pregunta no era descalificatoria de la libertad, sino que lo que estaba preguntando era qué tipo de libertades se estaban defendiendo. Pero Europa ¿para qué?, una reflexión, requiere por lo menos una respuesta en términos relativos. Por lo tanto voy a decir lo que pienso, sin ningún afán.

Por empezar por el principio de Europa, tendríamos que tomar conciencia de nuestra perplejidad ante el hecho de que no existe una historia de Europa. Es decir, textos con muchas paginas contando una historia. Ha habido muchos intentos, muchas publicaciones, y algunas de gran interés, y todas ellas muy meritorias porque tratan de hacer un intento imposible. No se puede construir una historia de Europa.

Las publicaciones que hay son absolutamente ilegibles, por lo menos bajo el punto de vista del lector, ya que las historias nos gustan que sean como cuentos, con lo cual cuando está leyendo esa publicaciones al lector se le cae el literalmente el libro, porque lo que aparece primero son relatos que no tienen nada que ver con la idea que tenían de Europa en la memoria producida por las anteriores lecturas, y, segundo, porque lo que se nos ofrece es una sucesión de fragmentos ni siquiera temporal-

*Texto adaptado por la Escuela de Verano (transcripción de grabación).

mente homologable. Quiere decirse que no hay una historia de Europa, por tanto, no existe una historia de Europa, sino que cada país tiene su historia, tiene su versión de los hechos históricos. Y son historia y versiones de los hechos históricos de los países de Europa, que no tienen nada que ver unos países y otros, y no tienen que ver porque sus puntos calientes son las guerras, guerras entre los países de Europa. Al organizar una historia lo más importante son las guerras, porque son los episodios colectivos que dejan marca.

Las guerras son las que organizan las historias, así pues la historia de Europa es la de la guerra de los países de Europa. Partamos de esa base. La historia a veces de las guerras contra los invasores de Europa, que a veces están aliados con algunos de los países de Europa. Incluso podríamos pensar en el plano mítico que la guerra de Troya es el origen de Europa, tanto porque a partir de la guerra de Troya se produce una diáspora después de la derrota de los troyanos, que da lugar a fundación previa de la antigua Roma, porque de la guerra de Troya surgen los dos relatos primigenios del imaginario europeo, que son La Iliada y la Odisea. Esas dos historias nacen en una guerra.

La historia moderna desde la caída de Bizancio (1456), la historia moderna de cualquiera de esos países modernos, es la historia de las guerras contra sus vecinos, por ejemplo, en España la patrona es la Virgen del Pilar, que nos ayudó contra los franceses. La fecha de referencia es el 2 de mayo de 1908, la batalla más emblemática es la de Pavía (mucho antes de 1908, en Italia). Con Inglaterra tenemos dos grandes batallas, la expedición de la Armada Invencible y la batalla de Trafalgar. Francia e Inglaterra, enemigas, han combatido siempre entre sí, en especial durante la guerra de los cien años en los siglos XIV y XV. Con nuestro país vecino y hermano, que es Portugal, hemos combatido siempre.

La capital de la Europa que queremos construir es Bruselas, y como saben está en Flandes, y allí todavía queda memoria de nuestras correrías guerreras.

Cada país de Europa tiene su propia historia, y esa historia es la historia de las guerras entre los países vecinos. Por tanto no tenemos historia de Europa.

La guerra entre estos países es la constante en la época moderna de Europa, y de la época contemporánea se han conocido las dos guerras más crueles y mortíferas que ha sufrido la humanidad. En la primera murieron nueve millones de personas, pero la segunda arrojó un balance de cincuenta millones de personas, cincuenta millones. De muertos de europeos que se mataban entre sí, aunque no sólo entre sí, sino que fuimos capaces de globalizarlo a todo el mundo.

Paradójicamente, de la segunda guerra mundial surge la actual Unión Europea. Surge, pero no como un encadenamiento meramente de yuxtaposición histórica, sino como una secuencia mecánica y preventiva. Se crea la Unión Europea para tratar de evitar las causas que dieron lugar a la segunda guerra mundial. La Unión Europea, por tanto, surge como un último remedio frente a la guerra, sobre sus cenizas y sus devastaciones. Por tanto, podemos decir que esta nueva Europa surge a partir de la segunda guerra mundial, la forzada paz americana impuesta entre sus naciones y la reconstrucción a través del plan Marshall, todo ello bajo ocupación americana pues Estados Unidos es el padre y la madre de esta criatura que llamamos Europa.

Entonces la pregunta que planteo es ¿cómo es posible, con esta historia a rastras, que exista un espíritu europeo y que nuestro proyecto como nación se identifique con Europa? Un precedente real político es la Confederación Helvética en Suiza. Suiza sí nace en la tradición de los caballeros de la tabla redonda, sí nace a través de un pacto.

Jorge Luis Borges escribió un excelente poema "Los conjurados", que empieza así: "En el centro de Europa están conspirando, el hecho data de 1291. Se trata de hombres de diversas estirpes, que profesan diversas religiones y hablan en diversos idiomas. Han tomado la extraña resolución de ser razonables, han resuelto olvidar sus diferencias y acentuar sus afinida-

des..." pero es tan sólo un poema que no refleja los hechos, porque aunque el de Suiza es el más precoz acuerdo de concordia europea, es decir, de propósito de juntar distintos países, ese acuerdo fue sólo entre tres cantones de los muchos que luego formarían la Confederación Helvética. Y tras esa declaración fueron atacados por Leopoldo de Austria, en 1315, y le consiguieron vencer. Así pues, la Confederación Helvética nace también de una guerra. Lo que quiero decir es que si existe una adhesión intelectual y moral de los europeos hacia Europa, no puede venir de su origen, que es una guerra, ni de su historia, ni tampoco podemos pensar que haya existido un proyecto claro.

Es decir, no hay ni ha habido un claro proyecto europeo. Entonces ¿de dónde viene esa adhesión de que todos queramos ser europeos? Y yo quiero ser también europeo, no quiero que nadie piense que después de lo que estoy exponiendo no quiera serlo, no. Yo si soy y quiero ser europeo, de hecho votaré sí a la constitución europea. Pues esa adhesión viene, por un lado, del miedo a la guerra, de tanta guerra como ha habido entre los países de Europa. Y no es malo, eso quiere decir que Europa quiere paz, frente a la memoria de la guerra civil. Por tanto este miedo es el primer elemento que justifica, que explica, la adhesión de los europeos hacia Europa. El segundo elemento, en mi opinión, tiene como referencia su modelo económico y social, su forma de vida, lo que llamamos el estado del bienestar.

La gente ve que la idea de Europa merece la pena porque en los países que forman Europa existe más o menos una misma forma de vida, ahora con la entrada de los diez menos común, pero que aspira a serlo. Por lo tanto, en mi opinión, y mi primera afirmación en esta charleta es ésta: la adhesión a Europa, los sentimientos comunes europeos se alimentan además del deseo de paz en primer lugar, de la complacencia de un modelo de sociedad. De un estado del bienestar que es una química adecuada entre la libertad y la igualdad; se expresa en un tamaño del estado, como agente del factor de igualdad entre un tercio y la mitad de la actividad económica, del producto interior

bruto; se percibe como un acceso a los bienes de toda clase, dentro de una horquilla razonable entre el que tiene más y el que tiene menos. Este es un factor absolutamente inseparable del concepto de estado del bienestar: si se amplía la horquilla nos alejamos del referente paradigmático del estado de bienestar inexorablemente. Se percibe como una igualdad de oportunidades proporcionada por el sistema educativo y como reducción de las inseguridades derivadas de las enfermedades y de la vejez. Como producto de todo ello se vivencia como un sentimiento de dignidad, la dignidad que proporcionan los derechos reales, efectivos de cada individuo.

En el fondo, ese modelo remite a un sistema de valores que es el que le da sentido. Sentido en el sentido de explicación, y sentido en el sentido de dirección, la idea del valor de la persona humana como núcleo del sistema de los valores de Europa es, vamos a decirlo así, el elemento espiritual del estado de bienestar. Hay un libro publicado en Francia, titulado "Europa donde no existe la pena de muerte", que es esto, pues eso refleja el valor de la persona humana como nuclear.

En cuanto a los episodios del estado de bienestar podíamos considerar que el estado de bienestar es el fruto acumulativo de tres grandes revoluciones políticas y sociales que fueron impulsadas a su vez por otras tantas revoluciones en el mundo de las ideas.

La primera revolución, francesa, que no fue sólo francesa, sino que fue sobre todo americana, y de las nuevas tablas de la ley que nacen en torno a ella, que son los derechos del hombre y del individuo entronizando la razón y rompiendo amarras con la tutela divina (ésta sería la primera revolución); la segunda es la revolución marxista, que ocupa sobre todo el siglo comprendido entre mediados del XIX y mediados del XX, que se desarrolla a través de una sucesión de luchas parciales impulsadas sobre todo por la clase obrera, de contiendas terribles llenas de sufrimiento, y que va dotando de contenido real y económico a los derechos de los individuos que figuraban en esa tabla de la ley de los derechos del hombre y el individuo. La tercera revolución, y vamos a dar un pequeño salto, es la producida en mayo

de 1968 en París. De ella procede una nueva tanda de derechos y, sobre todo, la emancipación efectiva de la mujer.

Son, como digo, tres revoluciones acumulativas: la social se produce sobre los mimbres y a partir de las ideas de la revolución francesa, la social marxista y la revolución social del 68, que tiene sus condiciones de posibilidad en la culminación de las dos anteriores. Hay quien puede considerar provocativo comparar el estado del bienestar con el marxismo, pero si en realidad enumeramos los puntos que en el Manifiesto Comunista Marx pone como el programa mínimo, se parecen como una gota de agua a otra gota de agua al esquema básico del estado del bienestar. Incluso el estado de bienestar ha ido más allá de ese esquema mínimo. Por tanto podemos pensar que Marx no se equivocó al entender que las condiciones objetivas para su revolución se daban en la Europa industrialmente más desarrollada. Quien, desde luego, sí se equivocó fue Lenin.

Lo más significativo es que estas tres revoluciones acumulativas se producen a partir de las condiciones materiales, de las luchas de clases de cada momento, pero nacen de unas ideas. Por tanto, un factor de identidad europea sería no sólo el afán revolucionario, sino el operar las revoluciones desde un puesto de mando ideológico.

Entonces me aproximo a la segunda afirmación de esta charleta, y podríamos afirmar que la actual identidad europea tiene su placenta en la última guerra, su cuerpo en el estado de bienestar y su alma y motor en el espíritu revolucionario que ha hecho posible, en última instancia, el estado de bienestar. O, lo que es lo mismo, la verdadera identidad europea reside en el espíritu revolucionario, que es un espíritu que expresa el inconformismo radical con el destino, el afán de tomar en las propias manos el futuro, la superación del modelo clásico de héroe.

Podríamos parar aquí y conformarnos con dar respuesta a la pregunta Europa ¿para qué? Podríamos decir que para fortalecer y defender el estado del bienestar, es decir, nuestra forma de vida del espíritu revolucionario, pero, lamentablemente, esta

respuesta no es posible desde un punto de vista de la ética intelectual porque el estado de bienestar en su formulación actual no tiene posibilidades objetivas de supervivencia. Esta sería la tercera afirmación sobre la que pivota esta charla.

El estado del bienestar está sometido a un acoso, podríamos decir que la globalización se lo está llevando por delante. En el mundo de globalización que vivimos tenemos un mercado global pero, obviamente, no existen unos derechos humanos globales, no existe una política de medio ambiente global, no están globalizados los derechos laborales, no están globalizados los modelos de sociedad, y todas esas cosas cuestan mucho dinero que hay que incorporar a los productos. Por tanto, si globalizamos una cosa pero no otra podemos concluir que el estado de bienestar está sometido a acoso. Lo que ocurre es que ¿colegas o competidores? Esta pregunta debería de hacérsela Europa al resto del mundo, pero por el momento no se ha hecho. Podríamos dar entonces en este otro estadio de esta charla, otra respuesta políticamente correcta y sindicalmente aceptable, que es considerar como una gran causa para la humanidad y para los trabajadores de todo el mundo la extensión mundial del estado de bienestar para que la globalización sea de veras global y no sólo una mundialización de los mercados financieros y de los productos. Vamos a globalizar el estado de bienestar para competir como colegas y competidores en condiciones de igualdad.

Lo que sucede es que es esto tampoco es posible. Para superar las crisis de superproducción que había vaticinado, Marx, sin que aún haya sido desmentido hasta ahora, tiene que recurrir a la conversión de cada necesidad en mercancía y una moral de despilfarro. Es decir, hay que crear constantemente necesidades para producir y poder hacer que siga funcionando el sistema sin que entre en crisis. Cuando ya no hay necesidades ni ficticias siquiera que sean capaces de absorber esa producción, hay que recurrir al despilfarro excesivo, que es lo que nos encontramos en la fase actual. El sistema, desde hace ya dos o tres décadas, ha recurrido a la incorporación constante de novedad, incorporamos novedad de DVD, nos hemos cargado

la etapa vídeo, pero hemos dado una nueva vuelta de necesidades, para que funcione este ficticio modelo de superproducción. Yo llamo a eso la aceleración de la velocidad de sustitución de los productos. Se acelera hasta el extremo, hasta el punto de que algo que hace unos meses fue innovador, en un solo día quede obsoleto.

Pero no es ése el problema, sino que el modelo, si lo globalizamos, no es sostenible. No es sostenible ni del lado de la entrada ni del lado de la salida. Si todos los países del mundo no desarrollado pasasen a consumir, a tener la misma dieta de materias primas y, en especial, la misma dieta de materias primas que requiere el mantenimiento de nuestro modelo social del modelo de bienestar, se produciría en pocos años un apagón energético. No hay globalización posible en nuestro nivel de consumo europeo. El estado del bienestar de Europa no es globalizable. Por tanto, la fórmula como proyecto de expandir evangélicamente predicándolo e imponiéndolo no es factible, porque el mundo dejaría de funcionar. De esto podríamos concluir que para que nuestro estado de bienestar se sostenga y no se vaya cortando en rodajas, sería necesario que todos accedieran al estado de bienestar, para que no compitieran contra nosotros. Pero si todos acceden a él, estallaría el planeta.

Por otra parte, nuestro bienestar se asienta en el malestar de otros. Por ejemplo, para que accedamos a precios asequibles hace falta que sus principales componentes sean fabricados a muy bajo coste por trabajadores que están en régimen casi de esclavismo. Si no se da esa situación de trabajo casi semiesclavo, la mayor parte tecnológica desaparecería o se produciría a unos precios prácticamente inasequibles para una economía media, de tal modo que, dicho de un modo más esquemático, a mayor explotación de otros, mayor bienestar nuestro (es decir mayor bienestar de los que nos aprovechamos de este estado de bienestar).

Por tanto, la cuarta afirmación de esta charla es que el estado de bienestar bajo el sistema que conocemos no es globalizable al resto del mundo. El gran valor de Europa es el estado de bienestar, pero el estado de bienestar en su sistema actual de

consumismo masivo no es sostenible. Y no lo es porque para que lo sea debería de poder extenderse a todo el mundo. Y eso también es imposible ¿Qué hacer entonces? Pues en mi opinión, tendremos que volver a las fuentes, al espíritu revolucionario que transforme lo que hoy tenemos, a una cuarta revolución que después de la de los derechos políticos, la de los derechos económicos y morales, y a partir de ellas, vaya configurando un nuevo modo de vida y una nueva idea del bienestar, que desamortice toda la capacidad de producir felicidad que tiene la creatividad, la cultura... Un cambio revolucionario que debería de revolucionar la idea de bienestar. Un bienestar menos grosero, menos materialista -como consecuencia, más remunerados en términos de dignidad personal-, que sea extensible de verdad a toda la humanidad. Podríamos llamarla la revolución en la forma de vida. Rusell distinguía entre los bienes de apropiación, que son limitados y cuando más personas los poseen menos personas los poseen, y los bienes de creación. En estos sucede al revés, cuantas más personas acceden a ellas más personas pueden disfrutar de ellas, con lo que volvemos a la pregunta Europa ¿para que?

- a) Para evitar la guerra y sostener la paz.
- b) Para sostener los elementos centrales del estado de bienestar.